

En el segundo mástel de popa estaba otro estandarte del mismo damasco, todo él dorado, con las mismas armas, y de unas bravosas llamas del mismo oro, con una orla que todo lo cercaba, muy polida, que hacia un gran palmo de labor en ancho, toda de oro. Á la proa otras diez banderas de punta, unas más largas que otras, de damasco carmesí, todas doradas, con las mismas armas en cada una dellas y llamas, con dos gruesos perfiles de oro. Habia otras veinte y cuatro banderas de la mesma devisa, doradas con unos rabiscos á los rincones, y sus perfiles de grueso de un dedo; todo esto era de oro. Más otras cinco banderetas del dicho damasco, plateadas, que hacian la mesma obra. Habia más para el servicio de la nao trecientos marineros, pajes, grumetes, todos vestidos de grana colorada, a traje mareante, que verlos divididos por su nao y en partes muchos dellos juntos, con la nao tan sumptuosa, verdaderamente parecia la más deleitable floresta del mundo, ó por mejor decir, un paraíso terrenal, segun la policia y frescura, y diversidades de colores y otras notables y extrañas cosas, que al parecer y ver de todos mostrava. Y en quanto á los estandartes y banderas susodichas, éstas mandó S. A. hacer para en la nao que habia de ir, aunque el Bretandona tenía otras muchas y hermosas puestas, que volaban de las entenas y gavias y otras partes de la nao. En esto y en lo demás que habeis oido acerca del aderezo y compostura d' ella, gastó diez mil ducados. En la cual S. A. se embarcó con algunos caballeros principales.

Visto por S. A. una tan hermosa y maravillosa pieza, pasó de allí en la nao que los Embaxadores habian

venido, donde se le dió una muy spléndida y real colacion; en la cual, con ellos y con los grandes, S. A. se holgó muy mucho. Y en este comedio llegó la nao donde el Marqués de las Navas habia ido á llevar las joyas susodichas. Y el capitan della, Olivar, dió á S. A. nuevas de cómo el Marqués habia llegado muy bueno, y la Reina le hizo hacer gran recebimiento, y ella, por su parte, le recibió amorosamente; y más como quedaba toda la tierra muy pacífica y con gran deseo de ver á su Rey y señor; especialmente S. M. de la Reina. La cual estaba en Vincestre, que es un puerto y fuerza maravillosísima; y en ella aparejado muy triunfantes recebimientos, y ultra de esto dos mil caballos muy hermosos, á la brida, para que saltando en tierra los caballeros y otras personas de calidad, se sirviesen dellos; creyendo la Reina que no embarcarian ningun caballo, de los cuales se embarcaron gran suma d'ellos, que eran de los grandes y caballeros, y otros muy muchos que los tenian. Y con tales nuevas S. A., con los grandes y caballeros mostraron graciosamente muy gran alegría, en especial en oír nuevas de la Serenísima Reina, y de la quietud y sosiego en que el reino estaba.

Pues como S. A. ya hubiese recorrido y visto la sumptuosa armada, se volvió á palacio con los Embaxadores y caballeros. Y luégo se ocupó en los negocios que convenian y se ofrescian, aunque algunos ratos iba á caza, á media legua del puerto, á un hermoso bosque, donde el Marqués de Villafranca le tenía aparejada gran montería. Y un día viniendo de monte, adelantóse Ruy Gomez de Silva, y creyendo el armada que

era el Príncipe, le hizo una muy bravosa salva; pero venido á saber que no era S. A., y entendido quién era, quedaron tan contentos y pagados, como si á S. A. se le hiciera; de lo cual el Príncipe se holgó muy mucho.

En esto, como ya corriese y se llegase el natural tiempo para caminar, mandó á toda priesa se recogiese y embarcase la gente. Y así mandó pregonar con reyes de armas, que toda la gente ántes de embarcar se registrase ante D. Francisco de Castilla, su alcalde, so pena de dos tratos de cuerda; y que ningun criado de señor ni caballero se despidiese, ni de otra ninguna persona; ni mujer pasase sin su marido. Y así se hizo como S. A. lo mandó.

Va de infantería (que en el Andalucía y Castilla se hizo) número de doce mil soldados, toda gente muy lucida, hermosamente aderezados de muy buenos atavíos, especialmente los andaluces, segun pareció.

Son las velas que en servicio de S. A. van, cient naos y cincuenta zabras, todas á una muy lucidas por todo extremo; entre las cuales hubo nao que llevaba, por ambas partes, trecentos tiros de bronce.

Hizo de costa el tiempo que el armada estuvo suspensa en el puerto, cuatrocientos y diez mil ducados. Pasó S. A. en reales de á ocho y de á cuatro dos millones, sin otra gran cantidad de moneda en oro. No digo de la moneda que los grandes y caballeros pasaron, que no lo supe; ni habia para qué, porque era nunca acabar, segun la cantidad y número d' ella se pasó. Pagóse cuatro dias ántes de alzar velas, por toda gente de infantería, y marineros, diez y ocho mil por cuenta. Y no parando S. A. de hacer mercedes á gente de ca-

lidad y á otros muchos en general, que de sus nombres no me acuerdo, les dió grandes juros y oficios de cantidad y calidad, y de presente gran suma de dineros; especialmente al hospital de Santiago dió seis mil ducados.

Grandemente se hubo con todos; á todos dió, á todos consoló, con todos tuvo gran cuenta, hasta la hora y punto que á la lengua del agua se vió y embarcó, usando siempre de su Real magnificencia, imitando en estas muy valerosas cosas á aquel excelentísimo y poderoso grande Alexandre de Macedonia, de quien maravillosas cosas se cuentan acerca de su real liberalidad, con que á todos daba tan inestimables cosas como es notorio. Y de aquel glorioso y clarífico doctor Sant Gregorio, que habiendo despendido y dado en obras santas y buenas todo su tesoro, deseando más ganar el reino del cielo con ello que el señalarse con vanidades en este mísero valle de lágrimas, pues al fin todo pescesce, y quedándole un rico vaso de oro y no más, llegó un pobre á le demandar limosna, y no teniendo que dalle, se lo dió. Así S. A. dió en general y particular lo que pudo y tenía al presente, tan entrañablemente, que tan contento quedára quedar sin nada, cuanto dar lo que dió tan liberalmente y con tanta voluntad y amor.

Recogida la más de la gente, así de infantería como los demas criados de S. A., con las cosas necesarias para el servicio Real, como para los grandes y caballeros, y conocido ser el tiempo próspero y natural para alzar velas, salió S. A. con todos los grandes y caballeros de la fortaleza (que era donde habia posado los

días que en la Coruña estuvo); y juéves, á doce de Julio, á las once del día, entró S. A. en un esquife muy hermoso, que aparejado estaba en esta manera: todo él ricamente entapizado, y en la popa su dosel de brocado y asiento dondè S. A. iba, y en la proa y lados otros muchos asientos para los grandes y caballeros, á los cuales mandó S. A. se sentasen. Iban por banda doce remos, que por todos eran veinte y cuatro marineros, vestidos de grana de polvo, con sus bonetes de lo mismo, acuchillados, con sus puntas de oro y plumas.

Entrado S. A. en Bretandona, los grandes se despidieron para se ir á sus naos, en que los caballeros con los demas señores se dividieron, embarcándose cada uno en su nao. El Duque de Alba fué en una hermosa nao, maravillosamente aderezada, con tantos estandartes y banderas como en la que S. A. iba, muy bravosos pintados, aunque algunas eran de tafetan, y las demas de lienzo. En la que iba el Almirante y su yerno, era otra maravillosa nao vizcaína: sé decir que era uno de los más hermosos vasos que en la armada iban, así en parecer como en grandor, como en todo lo demas que convenia; que, ál parecer de ella, era muy poca la diferencia que hacia á la mejor del armada. Todas las demas naos y zabras iban en extremo lucidísimas y costosas, segun aquella grandeza y realeza representaban, con tanta diversidad d' estandartes, banderas, en tanta manera, que pasaban de quince mil: lás velas mayores, mesanas, triquetes, en parte pintadas muchas historias de Julio César y otros Emperadores romanos, y antiguallas muy agraciadas y vistosas. Los marineros des-

tas naos y zabras, todos á una mano, gentiles hombres, dispuestos, bien tractados de muy buenos atavíos de grana y otras maneras de colores, mostrando en general grandes alegrías y regocijados placeres, saltando, trepando, haciendo mil gentilezas de sus personas por aquellas xarcias, gaviás, másteles, cuerdas, que verdaderamente parecian que andaban invisibles ó como las más ligeras onzas, segun la presteza y ligereza mostraban; y en todas las más de las naos, zabras, tocando cada momento trompetas italianas, españolas, atambores, pífaros y otros instrumentos apacibles, en que todo esto y muchos más regocijos la noche y día celebraban, por ir en servicio de tan alto Príncipe y señor.

Estuvo S. A. embarcado todo el mediodia del jueves, hasta las tres de la tarde, viérnes siguiente, que alzaron velas; tiró el armada de cada nao dos tiros, y no más, porque S. A. lo mandó así; y como todas á una tiraron, fué la salva casi otra segunda como la pasada. Pues retirados y metidos la mar adentro era el mayor gozo de la vida, dulzura, deleitacion, ver á una en general metidas aquellas velas y el ir tan huecas, soplando prósperamente ábrego en ellas, que en poco rato el armada se traspuso, que apénas se veía alguna vela. Y en este comedio la armada, puesta en alta mar, al parecer era una de las más fuertes y insigne ciudad del mundo, segun de bien apuestas y en órden iban; tocando muchas veces los menestriles trompetas. Y al salir d' ella tiró de nuevo la fortaleza, haciendo su salva y el despedir tambien, que á la gente ponía en gran pavor, creyendo que las casas y fuerza habia de dar sobre ellos; y por otra parte parecía ser el armada contraria, y que

no le daba lugar á tomar tierra ni surgir la gente, que en gran cantidad era, que en la marina estaba. Cosa maravillosa era ver aquel ruido y voces, y el hecho d' ellas; entre los cuales suplicaban ahincadamente á Cristo Nuestro Señor les diese aquel viaje, que todos deseaban y S. A. merecía. Otros: «¡Oh Cristo, Nuestro Señor, al Príncipe y señor nuestro te plega guardar de la temerable y desastrada fortuna del mar, y desembarques á ojos de su muy deseada y querida Reina doña María, su mujer!» Otros: «¡Oh, la sagrada Emperatriz, imperio de cielo y tierra, con la córte celestial, te lleve con bien y á salvamento al nuevo reino inglés, para aumento de nuestra santa fe católica y bien de la cristiandad!» Otros: «¡Salga, salga Francia y su Rey, y verá con la clemencia que será recibido del buen Felipe y los suyos!» Otros: «¡Ya pluguiese á la Divina Majestad y tal se le antojase, que de la saludable fruta que llevan no les podia faltar, segun son de golosos!» Otros: «Dexaldos con sus cantarillos, que algunas veces dexarán las asas ó frentes.» Otros: «Callá, que nos confiamos en Dios que el Príncipe y señor nuestro ha de ser cuchillo y espada para todos ellos y los demas que rebeldes fueren á la corona Real.»

Y pasando estas razones y motes, y otros muchos, se traspuso el armada. Alguna gente se fué y otra se quedó en la marina, mirando veinte naos que habian quedado para recoger y embarcar cuatro mil hombres, que á la sazón cuando S. A. se embarcó, no hubo lugar de embarcar. Éstas quedaron por retaguarda, maravillosamente apercebidas de todo lo necesario; y no ménos la infantería que en ellas iba, toda gente de

lustre y de gran estofa. Y éstas, con las demas, alzaron velas en seguimiento y retaguarda de S. A. Iba por capitán de esta gente y naos D. Luis de Caravajal, caballero valeroso y animoso; y de las demas, el Almirante de Castilla. El cual cometió sus veces, en lo tocante al armada, con D. Álvaro Bazan, espanto de contrarios por mar y por tierra; aunque muy mucho sintió él no ir el Príncipe en su galeaza, que es una de las mejores que andan sobre las aguas del mar. Por todo lo cual la Soberana Majestad guarde á este tan católico y felicísimo Príncipe y señor nuestro, esperanza de nuevo mundo, con la Serenísima Reina doña María, su mujer, para reparo y abrigo y bien del pueblo inglés, con aquella próspera salud, para aumento de la santa fe Católica y acrecentamiento del estado Real.

III.

DE CÓMO S. A. DESEMBARCÓ EN EL PUERTO DE ANTONA, Y DEL RECEBIMIENTO QUE SE LE HIZO.

Salido, pues, S. A. de la Coruña á los trece de Julio susodicho, el tiempo fué tal, y tan próspero siempre viento en popa, mar bonanza, que en cuatro dias y catorce horas S. A., con toda el armada, llegó á salvamento al puerto de Antona, que es en el reino de Inglaterra, juéves, á diez y nueve de Julio, á las dos horas despues de mediodia: donde fué recibido de una soberana salva de treinta naos que allí estaban, hermosas por todo extremo, las quince del Almiranté de Inglaterra y las otras quince del Almirante de Flándes,

que para este efecto y recibimiento estaban esperando. En las cuales habia gran número de hermosos estandartes reales, con la orden de Flándes (que es el Tuson, en Inglaterra la Rosa), y de muy gruesa artillería; los marineros dellas gente muy gallarda, vestida de diversas colores. Y en esto, á los fines de la salva, tiraron dos castillos muy maravillosos y fuertes, que en tierra están uno frontero de otro, en tanta manera, que toda el armada se holgó muy mucho de ver cuán á punto y orden las naos dispararon y las fuerzas ayudaron.

Pasado todo esto, toda la tarde y noche S. A. se estuvo en la nao donde fué; sin saltar en tierra; y el viérnes siguiente, por la mañana, almorzó en ella, y sin hacer saber cosa alguna al armada, salió en un batel que el Almirante de Inglaterra tenía aparejado muy en orden. Llevó en su compañía al Duque de Alba y al Conde de Feria, y Ruy Gomez de Silva y á los cuatro mayordomos, que son el Conde de Olivares, D. Pedro de Córdoba, Gutierre Lopez de Padilla, D. Diego de Acevedo, más el Conde de Agamon y el Conde de Horno, y el Marqués de Bergas. Saltados en tierra, llegó luégo el camarero mayor y sus acompañados en el oficio, y caballero mayor (que era uno de los elegidos para casar con la Reina), y mayordomo mayor, ingleses, y otros caballeros, hasta treinta, y recibieron á S. A. de bonete y tocándole la mano. Y concluido esto, el camarero mayor le puso una muy hermosa cadena de oro al cuello con la Orden de Sant Iorge, que es una rosa; y ansimesmo le pusieron en la pierna izquierda, debaxo de la rodilla, una cinta de oro con su hevilleta á manera de senojil, que llaman la Jarretiera;

que es una Orden de caballería que los Reyes de Inglaterra, que fueren d'ella, han de tener y ser. Acabado esto el Príncipe quiso venir á pie hasta palacio y ellos no se lo consintieron, diciendole á S. A. que no se usaba. Y el Caballerizo Mayor inglés le tomó en brazos, y le puso en una muy alindada hacanea blanca, hermosamente aderezada, que allí tenía; y así fué con él al estribo, sin gorra, y al otro lado su Teniente, y todos los demas caballeros á pié delante de S. A. muy regocijados, mostrando muy gran alegría por la venida de S. A.

Llegados á palacio estaban muchos archeros ingleses de la Guarda y porteros, y otros oficiales vestidos de las colores del Príncipe. Estaba palacio ricamente aderezado, en especial dos piezas, sala y cámara, de unos paños de damasco de colores de oro, que fueron del rey Enrique padre de la Reina. S. A. comió y cenó retirado el Viérnes y Sábado: fué el servicio muy bravoso, de muchas viandas, al modo y uso inglés; al servicio de cámara y mesa no entrevino ni sirvió ningun Señor ni caballero ni otros oficiales españoles de S. A.: así pareció y estaba ordenado y aceptado en las capitulaciones que S. A. les concedió, salvo los oficiales y caballeros ingleses. Salió el sábado á misa: el caballerizo mayor inglés le puso á caballo, y todos los demas caballeros fueron con S. A. á la iglesia, donde se ofició y dixo la misa con mucha solemnidad, la cual todos ellos muy atentamente la oyeron; y ántes que la misa se acabase se fueron todos los españoles que en la iglesia se hallaron. Y despues de dicha la misa, salió el Príncipe con los ingleses acompañándole á pié. Y en esto llovió una muy recia agua, de que el Príncipe tuvo necesidad



de tomar manteo y sombrero; y no teniéndolo al presente le fué forzado tomarlo de un caballero inglés.

Este puerto y lugar de Antona es de más de trecientas casas; es fértil, y él en sí muy fresco y hermoso. Dieron mucha parte del lugar, en que se aposentaron más de cuatrocientos criados de S. A., qué el sábado saltaron en tierra; y de cada señor hasta dos criados. Holgáronse muy mucho con la llegada de S. A., según que todos ellos mostraron.

IV.

DE CÓMO EN LA CIUDAD DE VINCESTRE S. M. DEL REY Y PRÍNCIPE NUESTRO SEÑOR FUÉ RECEBIDO, Y DE LA CELEBRACION DE LAS BODAS CON LA BIENAVENTURADA REINA DOÑA MARÍA, SU MUJER.

Pues como S. M. se estuviese en Antona holgándose, Juéves, Viérnes, Sábado, Domingo, con muchos señores y caballeros ingleses, los más principales del Reino (que en todos estos dias nunca cesaron de venir), el Lunes siguiente partió de Antona para Vincestre, á las dos horas despues de medio dia, y no con pequeña agua, acompañado de mucha guarda que la Reina le envió, como eran Archeros, Flecheros, Martillos, todos con la divisa y colores de S. M. del Príncipe, y en extremo muy singular gente, sin otros muchos Grandes y caballeros, y otros gentiles-hombres de la corte Inglesa que se juntaron: y fueron con S. M. cerca de tres mil caballos muy en órden, con gran número de criados muy bien aderezados. Y llegado S. M. una milla de Vinces-

tre á una abadía, que solia ser y agora es hospital, se entró á vestir para la entrada de la ciudad. Y salió con un sayo de terciopelo negro todo bordado de oro de cañutillo, calzas y cuera de terciopelo blanco, y jubon de raso con la misma bordadura, y en cuerpo. Y poco ántes que entrase en la ciudad salieron diez pajes muy gentiles-hombres, en cuerpo, con sayos de terciopelo carmesí guarnecidos de unas faxas de tela de oro, con una bordadura de oro de cañutillo por guarda de las faxas, en muy buenos caballos ricamente aderezados á la brida, y un gentil-hombre detrás, con un sayo bordado de oro, en otro muy hermoso caballo, con un caparazon de la misma bordadura; que llegado este gentil-hombre á S. M., le dió el recado de la Reina, que era que le enviaba aquellos caballos. S. M. los recibió, y lo tuvo en señalada merced que la Reina le hacía, segun que así respondió á este gentil-hombre.

Pasado esto, junto á las puertas de la ciudad estaban veinte hombres vestidos de grana, con las llaves de la ciudad y del castillo, para entregárselas; y así todos juntos, las rodillas por tierra, hicieron sus comedimientos como que se las entregaban. Este fué un paso de mucho gusto; y de aquí S. M. fué derecho, apearse á la iglesia mayor. En la puerta d'ella estaban tres obispos vestidos de pontifical y otros muchos clérigos y canónigos, con sus capas de coro, de tela de oro, aguardando con sus cruces delante. Y entrado S. M. por la iglesia adelante, acompañado de todos los principales del reino y Grandes de Castilla, caballeros, gentiles-hombres de la tierra, fueron con la procesion al altar mayor; donde le tenian puesto unas cortinas y dosel de brocado; y



allí le cantaron sus oraciones con tanta solemnidad como lo podían hacer en la iglesia mayor de Toledo, que no movió á poca devoción. Y echada la bendición el obispo, S. M. con todos los Grandes se vinieron por la iglesia adelante mirándola á todas partes, á la cual decían que era uno de los hermosos templos que se ha visto jamás, y es así: por maravilla ninguno de los españoles que le vieron y escribieron dexaron de tocar en él, por ser en todo extremo tal. S. M. por dentro d' esta iglesia se fué á su aposento, el cual estaba apegado á la claustro, porque la Reina no quiso que S. M. posase en palacio hasta que fuesen velados.

Después de apeado en palacio, que serian á las diez horas de la noche, vinieron el Mayordomo mayor inglés y Camarera mayor de la Reina á ver á S. M. y decirle cómo la Reina le estaba esperando en su retrete, y que S. M. fuese con poca jente, y secreto. Oido S. M. esto, luego se puso una ropa francesa bordada de oro y plata, y unas calzas de cuero blanco y coletó bordado de la misma bordadura; y cierto, harto galan. Salieron con S. M. cuatro ó cinco señores Grandes ingleses y así salió de palacio travesando la calle. Llegado á la puerta del jardín, que era la entrada, le dixo su Mayordomo mayor inglés que S. M. metiese con él á quien fuese servido; y S. M. se puso á la puerta y mandó entrar principalmente al Duque de Alba, y al Duque de Medinaceli, y al Marqués de Pescara, y al Conde de Feria, y al Marqués de Aguilar, y al Conde de Chinchon, y Conde de Horno y al de Agamon, y los de la cámara, y á Gutierrez Lopez, y á Don Diego de Acebedo, y á Don Henrique de Mendoza, y á Don Hernando Carri-

llo. S. M. cerró la puerta, y él con todos estos Señores anduvieron un buen rato por las praderías del jardín, que son muy hermosas, pasando por buenas puentes de arroyos y fuentes, que cierto al parecer parecía que se hallaban en algo de lo que habían leído en los libros de caballerías, según se les representó aquella hermosura de fuentes, y maravillosos arroyos vertientes, y diversidades de olorosas flores y árboles, y otras lindezas de verduras.

Llegado S. M. á la casa, que la mayor parte d'ella está cercada de agua, entró por una pequeña puerta falsa subiendo por una escalera angosta: por allí fué á dar en el retrete de la Reina, á la cual S. M. la halló en una pieza larga y no ancha, que es su paseadero, donde se recrea, muy ricamente aderezado. Estaba con ella el obispo de Vincestre, que es el gran Chanciller, y otros cuatro ó cinco señores muy principales, viejos, que cierto no parecían poco bien, y cinco damas, las dos d'ellas de gran edad, maravillosamente todos ellos de ricos atavíos vestidos, y dos gentiles-hombres con sendas hachas en las manos. La Reina estaba vestida con una saya de terciopelo negro alta, al uso de allá, sin guarnición ninguna, con una delantera de plata escarchada, y un chapiron de terciopelo negro, con sus piezas de oro, de gran valor, graciosamente asentadas; y una cinta angosta de piedras muy maravillosas, y un collar de la misma manera. La cual se estaba paseando cuando entró S. M.; y conociendo al conde de Agamon, le habló. Y entrado S. M., vino derecha para él á buen andar, y besó su mano para tocar la de S. M.; y él entonces hizo lo mismo, y besóla en la



CC-0. Monasterio de la Reina y Generalife

boca, que es la costumbre de allá; y luego se tomaron de las manos, hablando ella en francés, y S. M. en español, y al parecer se entendian bien. Y el Almirante de Inglaterra, que es hablador y muy donoso, decia allí donaires, entre ellos diciendo que pues se conocian agora, mejor se conocerian de ahí á cuatro ó cinco dias. Y en este medio se sentaron en dos sillas que estaban debaxo de un dosel de brocado, donde estuvieron un rato en buena conversacion. Luego S. M. se levantó, y la tomó por la mano y dixo: «V. M. dé á todos estos caballeros españoles la mano, porque se la quieren besar.» Y así todos por órden, diciendo quien cada uno d'ellos era, se la besaron, y á todos la dió amorosamente.

Pasado esto, S. M. por ver las damas, que estaban retiradas en otro aposento, dixo que queria ir á hablarles, y la Reina fué con él; y de dos en dos llegaron á S. M. haciendo sus reverencias muy graciosamente, y él, con la gorra en la mano, las recibia besándolas á todas, por no quebrantar el uso de la tierra, donde S. M. se deportó muy bien. Concluido esto, pareció que se queria ir al aposento por ser tarde; la Reina le hizo sentar otra vez. Y segun se entendió, ella se debió de contentar harto d'él y le pareció bien cuan valeroso es. Y siendo hora de recoger, S. M. le preguntó al despedirse d'ella, como habia de decir buenas noches en inglés; la Reina le dixo que habia de decir: *God ni hit* [*good-night*], y cuando llegó á las damas se le olvidó, y volvió desde la media pieza á preguntárselo á la Reina, de que gustó muy mucho de la vuelta que S. M. dió: y así saludó á las damas en inglés, y se fué á su aposento.

Otro día, en acabando de comer, S. M. fué á ver á la Reina públicamente, muy bien vestido y bordado. La cual estaba esperando en la gran sala que dicen que llaman de Poncia, colgada de unos paños de brocados, y de una parte y otra unas gradas, donde habia muchos caballeros y damas de la tierra, hermosamente aderezadas, con mucha música. Y en llegando S. M. á las gradas del estrado, que estaban en el osterero de la sala, donde estaba un muy buen dosel y sus sillas debaxo, en esto, salió la Reina al estado de su aposento á recibir á S. M., con muchos señores delante y dos reyes de armas, con cotas de brocado con la Orden de San George y sus gruesas mazas de oro delante; y más de cincuenta damas de la Reina detrás, muy ricamente vestidas. Venia la Reina vestida de terciopelo morado, y la saya aforrada en brocado, y una delantera de oro escarchado con muy ricas piedras preciosas y perlas orientales y aljófar, con el chapiron, cintura, collar, de la mesma pedreria. S. M. le hizo gran reverencia, y ella hizo lo que la noche ántes, y él la besó; y entrados en su aposento se estuvieron muy gran rato en dulce conversacion, y las damas y caballeros comunicando cosas aunque apenas se entendian. Desde aquí S. M. fué á vísperas, las cuales se dijeron muy solennes con toda la música.

En este medio llegó el regente Figueroa con el privilegio que traia del Emperador, por el qual decia lo mucho que se habia holgado de la conclusion de este casamiento, y le enviaba la investidura del reino de Nápoles, para que mejor se pudiese sustentar; y esto hizo secretamente.

Y este dia tambien vinieron los embaxadores del Rey de Romanos, y del Rey de Bohemia, que el uno era Don Pero Laso, de parte del Rey de Romanos; y el otro Don Hernando de Gamboa, de parte del Rey de Bohemia. Y los embaxadores de Florencia y Venecia y Ferrara, Polonia y los demas vinieron esotros dias: á los cuales S. M. recibió muy bien.

Otro dia siguiente, que fué Sanctiago, fueron los Reyes á la iglesia juntos, donde estaba gran multitud de gentes, así de la ciudad como de la tierra para verlos velar, y en tanta manera que fué cosa de admiracion. Y en la mitad de la nave del medio estaba hecho un hermoso tablado grande con sus gradas que baxaban al altar mayor, todo él cubierto de rica tapicería de seda y oro: y puestos los Reyes en él, salió del coro el obispo de Vinestre, revestido de pontifical, con tres obispos delante y la clerecía, muy en orden, y puesto en el tablado el obispo hizo sus preguntas ordinarias al pueblo y con esto los desposó. La música, que dentro estaba, fué cosa maravillosa verla (*sic*) tocar á sus tiempos, por tal concierto y tan bien qual jamás se pudo ver.

De aquí baxaron al altar mayor: S. M. llevaba á la Reina de mano: los cuales iban cuasi de una manera vestidos, maravillosamente bordados, en especial una ropa que S. M. llevaba, que la Reina le habia enviado, que tiraba más al traje de allá que al de España, con un collar muy excelente de piedras muy valerosas: especialmente la Reina llevaba un galdrés de terciopelo negro bordado de oro de cañutillo, con mucha y hermosa pedrería, que mirando en ella quitaba la vista de los ojos del gran resplandor y claridad que d'ella salia,

con una cinta, collar y chapiron cuajados de la mesma pedrería, con un diamante tabla engastado á manera de rosa, con una gruesa perla que colgaba en los pechos. Fué este diamante el que el Marqués de las Navas llevó de parte de S. M. á la Reina, apreciado en veinte y seis mil ducados. — Y delante de los Reyes, sus reyes de armas con sus mazas delante y dos estoques: el uno llevaba el Conde de Puenburque que iba hácia la parte de S. M., y el otro llevaba el conde de Arbinque (que fué el que venció la batalla de los rebeldes cuando querian cercar á la Reina), con unas ropas rozagantes de hilo de oro, representando muy gran majestad con sus personas. Este conde de Arbin (*sic*) es muy gran Señor, que todas las veces que quiere junta veinte mil hombres y mil caballos; y es Señor de una isla, donde se pone una corona de plomo. En esto de llevar los estoques no hay personas ciertas ni señaladas, sino que los dan á los Señores principales que quieren. Iban las damas detrás, bien cincuenta d'ellas, vestidas las más d'ellas de tela de oro y plata y las demas con gran infinidad de valerosas piedras preciosísimas, que al ver parecían más ángeles celestiales que criaturas mortales, segun sus aderezos y hermosura en particular parecían.

D'esta manera los Reyes, con esta soberana pompa, llegaron al altar mayor, donde tenían sus sillas y almohadas de brocado donde se sentaron; y las damas, cada una se sentó en su grado. Y el obispo de Vincestre dixo la misa con toda la solemnidad del mundo; y la bienaventurada Reina siempre tuvo los ojos en un devoto crucifixo que estaba en el altar; y así los velaron.

Acabadas las velaciones se fueron á la gran sala donde estaba el estrado y gradas que arriba diximos. Y debaxo del rico dosel estaban dos sillas muy buenas (aunque la una era mejor que la otra), con una mesa de ocho varas en largo. Y en este medio se truxo una vianda con grande cerimonia, delante los mayordomos de los Reyes, quitados los bonetes, haciendo grande reverencia al dosel, que así lo acostumbran allá, y de estar quitados los bonetes en la antecámara como si estuviese el Rey presente. Puesta la vianda en la mesa, sentáronse los Reyes, y en la silla mayor la Reina, y al cabo de la mesa el obispo de Vincestre. Precedía á S. M. en todo el servicio, hasta en la plata, por que la que estaba de su parte era plata blanca y la de la parte de la Reina era dorada, y en todo muy aventajadas piezas. Esto del prece-der debióse de hacer porque áun él no estaba coronado.

Y en lo baxo habia mesas puestas donde comian las damas y los Embaxadores; solo el del Rey de Francia faltó, porque le habia de preceder el del Rey de Romanos. En otra parte estaban los grandes y caballeros españoles y ingleses, y se sentaron á comer. Entre los cuales faltaban pocas naciones, porque habia españoles, ingleses, alemanes, húngaros, bohemios, polacos, flamencos, italianos y hibernios; hasta un señor indiano, porque hubiese indio.

Fué la comida servida de grandes diversidades de manjares, donde pareció ser muy buena y bien servida, y cierto fué de ver la manera y ceremonias del servicio, que por no ser prolixo no digo d'ello. Estaba la música dividida en partes de la gran sala tocando muchas veces nuevas cosas.

Alzadas las mesas, los Reyes se retiraron á un rico aposento con todos los grandes ingleses y españoles y las damas, donde estuvieron por buen rato platicando cosas de pasatiempo, en muy buena conversacion; y los grandes y caballeros con las damas ni más ni ménos, que muchos dellos tuvieron harto secreto por no las entender sino muy á penas como no sean latinos; y así están todos á una determinados de no les dar guantes hasta entendellas. Desto gustan mucho caballeros y señores que entienden la lengua, en ver que los españoles los más d'ellos no dan en ella.

Pues como la música estuviese dentro tocando de rato á rato, se ordenó el sarao, donde danzaron todas las damas con los grandes y caballeros españoles y ingleses muy maravillosamente; aunque al modo español no tan bien como al suyo. Y como ya hubiesen danzado gran parte de las damas y grandes con los caballeros, salieron los Reyes y danzaron sendas alemanas muy graciosamente; donde las damas holgaron muy mucho de ver danzar á S. M. Duró el sarao cuasi tres horas, el cual fué hermosa cosa de ver, por los grandes y maravillosos bordados que todos en general tenian, así las damas como los caballeros.

Pues como ya lobreguéciese fueron puestas las mesas, y servidos de muchos servidores, como á tan altos Reyes convènia: fué la cena ni más ni ménos como la comida, en cuanto al dividirse los unos de los otros como ántes dixe. Pues acabada la cena los Reyes se quedaron por una hora, hablando S. M. con la Reina muchas cosas de placer, de que la Reina se holgaba mucho. Y en este comedio, como ya fuese tarde, la Reina se des-



JUNTA DE ANDALUCÍA

Digitized by Google

pidió de S. M., y las damas la llevaron acostar: y entendido S. A. (*sic*) que la Reina estaba acostada, subió de la gran sala, acompañado de los grandes, á la cámara donde la reina estaba; y un poco ántes de llegar á ella los grandes se despidieron de S. M., y S. M. se entró acostar.

Luégo otro dia, que fué Domingo, comieron los Reyes juntos públicamente con suave y concertada música: comieron con ellos á la mesa el obispo de Vincestre, y el conde de Arbin, y el conde de Puenburque, y el Tesorero mayor de la Reina. Hubo este dia otro muy hermoso sarao con grandes diversidades de instrumentos.

Despues que S. M. pasó en Inglaterra, ningun criado de los suyos, así en los oficios preeminentes como en los demás, no le han servido ni sirven, porque la Reina le tenia hecha y ordenada la casa al uso de Borgoña, como S. M. la llevaba, y muy más cumplida en todos los oficios; y así los de la cámara y mayordomos, caballerizo, gentiles-hombres de la boca, como en lo demas, todos son ingleses muy principales: tiénense por hombres que saben hacer lo que les cumple, pues no pierden punto de sus preeminencias, y créese que no dexarán dar la guarda que truxo S. M. Por lo qual están muchos confusos, porque demas de haber sido la jornada la más trabajosa que se ha visto y el desbarato del desembarcar, los quieren algun tanto subjectar á sus leyes, porque como es tan nueva cosa para ellos, españoles en su tierra, quieren asegurarse.

La vida que allí pasan los españoles no es muy aventajada, ni se hallan tan bien como se halláran en Castilla: á esto algunos dicen que querrian más estar en los rastro-

jos del reino de Toledo que en las florestas de Amadis.

Este día como comiesen juntos, la Reina embió á todos los caballeros y grandes un recado que bebia á todos. Y ántes de alzar las mesas vino un rey de armas ricamente aderezado, y dixo públicamente todos los títulos de S. M; que fueron Rey de Inglaterra, y Rey de Francia, y de Nápoles, y Príncipe de España y Conde de Flándes.

De esto, todos los grandes, caballeros españoles é ingleses, embaxadores de todo el Imperio y los demas susodichos se holgaron muy mucho, y especialmente por ser la Majestad del Príncipe nuestro Señor vaso de tan alto valor y merecimiento, y de tan esclarecido entendimiento y sabiduría: por lo cual era merecedor de tales títulos y de todos los demas.

El Rigente Figueroa ántes que los reyes se desposasen fixó el privilegio que traía del Emperador nuestro Señor, en el tablado que en el cuerpo de la iglesia estaba como arriba he dicho; en el cual se contenia dar á S. M. del Rey de Inglaterra Don Felipe, su hijo, el reino de Nápoles, de que todos los grandes del reino y comarcanos dél que al presente estuvieron (como los que ausentes estaban), oyendo tan soberanas nuevas, así d'esto como de lo demas que acerca d'este glorioso casamiento pasó, mostraron muestras de gran alegría y regocijo, segun que á Vincerstre se escribió por letra.

S. M. estuvo aquí algunos días, de donde salió para Lóndres, y no con toda la gente, así de ingleses como de españoles, á causa de haber en este camino pocos aposentos para tanta multitud de gente; pero entendido que S. M. ya estaba más cerca de Lóndres que de Vin-

cestre, habian de arrancar de hecho, y salir de la ciudad á toda priesa para entrar con S. M. en Lóndres.

*

La calidad del reino de Inglaterra es que es muy rica y fértil; y porque más grandemente sepan algunas de sus partidas, y lo demas que es, digo, que desde Calés, que es un estrecho, hasta Cabodoble, que es en Inglaterra, hay siete leguas de mar. De Cabodoble á Caboceli, que es en par de Vxente, hay cien leguas. Va esta costa de Inglaterra, pasado Calés, al luengo de Bretaña; y lleva de latitud veinticinco leguas. Está Caboceli, de la isla de Vxente y de Cabo Fonte veinte y cinco leguas. Esta costa de Inglaterra es muy buena y tiene buenos puertos; Asalania y Artania y Antona: y esta Antona es muy hermoso puerto y gentil villa, como hemos dicho arriba, y tiene delante á la isla de Huic, la cual tiene buenos surtideros: esta isla es de muy buena hierba, y hay en ella mucho ganado ovejuno y otros ganados muy finos. Caboceli tiene al Oeste á la isla Lucía seis leguas; y dos leguas adelante de Lucía son las Sorlingas, que son unos baxos muy peligrosos; estas islas están en cincuenta y un grado. Desde Caboceli á Artania hay quince leguas. Artania es buen puerto; tiene en medio de la entrada un Ysileō (*sic*); desde Artania á Antona hay treinta leguas; de Antona á Cabodoble cuarenta (este es un maravilloso puerto); desde Cabodoble á Lóndres hay veinte y cinco leguas. Va la costa á la media partida del Oeste y Norneste; navegase junto á la tierra por que adentro á la mar hay muchos baxos.

Lóndres es la cabeza de Inglaterra; es ciudad grande y noble; hay en ella muchos mercaderes y ricos; labranse en ella muchos paños muy finos. Toda la isla es abundosa de pan y carne; en la cual hay mucho ganado y gran número de ovejas de lana maravillosa, por todo extremo finísima; de que labran los paños. De esta isla llevan los paños y lana por mar á muchas partidas, y á Italia, por ser la prima de la tapicería y de otras buenas cosas. Hay en esta mesma isla muchas venas de estaño fino y de plomo acendrado, y muchas y grandes piedras preciosas, como son agatas y de otras diversidades d'ellas. No hay en ella vino ni aceites, á causa que la tierra es húmeda y fría, mas llévanlo de España, del Andalucía; y cuando algunas veces no acuden, hacen cerveza de cebada y de otra manera de hierba que para este efecto es buena (y no de trigo como en Flándes), de que usan por vino. La gente es bien dispuesta; son blancos, colorados, belicosos, aunque inclinados á disensiones crueles, pero ya no es como solia, por haber conosciado lo malo que d'ello se sigue.

En esta tierra fueron las fábulas del rey Lisuarte de la Mesa Redonda, y las adivinanzas y pronósticos de Merlin, que nació en esta tierra. Esta fué poblada de gigantes, cuando la destruicion de Troya; á la cual vino un capitan nombrado Bruto, con cierta gente desde Troya, y descendió en ella, donde venció á los gigantes y los echó d'ella: y del nombre deste Bruto se llamó Bretaña. Despues ganaron esta isla ciertas gentes de Saxonia, y pusieronle nombre Anglia, que en nuestra lengua quiere decir Inglaterra: y así se llamó. por

los saxones de Alemania que vinieron á poblarla: y así dice Ptolomeo que Albion es lo mesmo que Anglia.

De aquí fué el rey Artur, rey que fué de Inglaterra, famoso príncipe y de los que la fama hace insignes: el cual floreció cerca de los años de Cristo de quinientos. Fué varon de muy gran celo del augmento de la sancta fé y ley cristiana, la cual acrescentó y amplió con ilustres hechos de armas; y á esta causa era siempre vencedor en las batallas que entraba: en fé de lo cual traia en el hueco del escudo la imágen de Nuestra Señora. Hallóse matar él mesmo, con su mano, cuatrocientos y cuarenta hombres de los enemigos en una sola batalla; y así se leen d'él notables cosas. Este gran príncipe instituyó en la ciudad de Canturbia (Canterbury) la Tabla Redonda para los caballeros que fuesen conquistadores de los infieles. Finalmente herido de sus enemigos murió, y fué traído á su isla á ser sepultado.

Tambien fué de aquí el venerable Beda, el cual floreció cerca de los años del Señor de seiscientos y ochenta y siete años. Y aunque está puesto en el catálogo de los sanctos, es llamado venerable, porque predicando una vez en un gran valle pensaba que allí habia mucha gente, porque siendo ciego el que le guiaba quiso burlar d'él diciendo que le oia mucha parte del pueblo; y acabado su sermon le respondieron las piedras: *Amen, venerabilis pater*. Y un clérigo, siendo muy devoto suyo, hizo en la sepultura un verso d'esta manera:

Haec sunt in fossa Bedæ sancti ossa;

pero como el quinto pié, que decia *sancti*, no venga bien

á la compostura del verso, halló otro dia el clérigo en la sepultura escripto el verso d'esta manera :

Haec sunt in fossa Bedæ venerabilis ossa ;

y el *venerabilis* estaba esculpido con letras de oro.

Y pues el reino es de tanta majestad, fértil, y abundoso y rico, como habeis oido, y de quien tan altos varones y de tan esclarecido entendimiento y sabiduría han sucedido y salido, sustentando y defendiendo como buenos defensores la fé de Iesucristo, como celosos d'ella, á pura espada abrasando y matando los enemigos de la sancta fé católica, y con el esclarecido espejo de sus buenas obras y doctrina predicando la ley evangélica por la cristiandad, así como este venerable Beda, como otros muchos discípulos suyos naturales del reino inglés, ha sido muy lícito y justo haber tratado d'ello, así por la parte que á S. M. toca, como por el merescimiento de las grandezas de tan insigne reino, para que los nuevos sucesores y súbditos d'ellos imiten, haciendo como ellos hicieron, para que con el dechado y muestra de sus buenas doctrinas se aumente la religion cristiana.

VILLANCICOS.

PRIMERO.

Ya se recoge el ganado
Inglés, que andaba perdido,
Por el pastor que allá es ido.
Recójase ya Albion
Y conozca el bien que tiene,

Pues es tal, que le conviene
Para la fé y salvacion.
Penitencia y comunion
De nuevo ha constituido
Por el pastor que allá es ido.

SEGUNDO.

¡Cuán alegre vivirá
Inglaterra, pues dos
Reyes tales le dió Dios!
Dióles Dios en este suelo
Nueva luz y nueva vida,
Vida tal que les convida
Á ganar de hecho el cielo.
¡Oh! que gozo y que consuelo
Para ella y para nos :
Reyes tales le dió Dios!

TERCERO.

¡Qué acertada jornada
Ha hecho un señor que sé,
Para aumento de la fé!
Este señor es por quien
El gran lobo pertinaz
Ya terná guerra, y no paz.
En perder tan alto bien,
Desterrado y con desden
Saldrá, porque éste fué
Para aumento de la fé.

CUARTO.

Extremo serás del mundo,
Inglaterra, pues vemos
En tí tales dos extremos.
Son estos extremos dos



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
INSTITUTO DE CULTURA

De nuestra fé defensores;
Y los nuevos sucesores
Que ha elegido Dios,
Éstos serán para vos
Gran remedio, según vemos
En tí tales dos extremos.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
FIN.

FUÉ IMPRESO EN ZARAGOZA EN CASA DE ESTÉBAN DE NÁGERA.

1554.

A costas de Miguel de Zapila
Mercader de libros.

CARTA PRIMERA

DE LO SUCEDIDO

EN EL VIAJE DE S. A. Á INGLATERRA.

AÑO DE 1554.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCIA

LO SUBCEDIDO EN EL VIAJE DE S. A.

(*Despues Felipe II.*)

JESVS.

El Príncipe Nuestro Señor D. Felipe se embarcó en la Coruña, puerto d'España, JUEVES en la tarde XII de Julio MDLIII años, é con S. A., en su nao, el Conde de Feria, Rui Gomez de Silva, D. Antonio de Toledo, D. Diego de Córdoba, el Conde de Olivares, Gutierre Lopez de Padilla, D. Pedro de Córdoba, D. Lupercio de Quiñones, limosnero mayor, Gonzalo Perez, secretario; flamencos: el Conde de Agamon, el Marqués de Vargas (Bergas), el Conde de Ornos (Horn) capitan de los archeros, y Pernestain, un gran señor de Bohemia, criado del Rey, y D. Alvaro de Bazan que iba por prencipal para el gobierno de la nao y de la mar.

El Almirante de Castilla llevaba la avanguardia; su Alt.^a la batalla; D. Luis de Carvajal la retaguardia: que serian en todas cxxv naos. Y pasaron con S. A. el Duque de Alba y la Duquesa (*) en una nao con muchos caballeros, y ansí todos los demas. El Duque de Medinaceli en otra; el Marqués de Pescara, el Marqués de Aguilar, el Conde de Chinchon, César de Gonzaga,

(*) La relacion impresa añade: «y su mujer» en una nao con muchos cauallos y assi todos los demas.